

reas de buena tierra de trigo, sin contar las áreas inmensas que podrán conquistarse después en las regiones desiertas y heladas. Para ver bien las mieses asombrosas y darse cuenta de la enorme extensión de las tierras donde madura el grano, se dice que sería necesaria una ascensión en globo.

Sabido es lo que valen las pesquerías canadienses. Los innumerables lagos, los ríos y las costas marítimas suministran al consumo una cantidad enorme de substancia animal. Por la abundancia y la variedad de su fauna ictiológica, según afirma Reclus en su *Geografía Universal*, la Colombia Británica es probablemente superior á todos los demás países de la zona templada. Muchos de nuestros pescados de Europa y otras especies diferentes abundan en las bahías y los ríos. El banco de bacalao que se prolonga por las costas meridionales del Alaska continúa á lo largo de las costas canadienses. Era tal la abundancia de pescado en las costas canadienses en los primeros años de la colonización blanca, que las gravas situadas río abajo después de las cascadas se cubrían durante la marea de innumerables salmones que no habían podido volver al agua. Cuando ocurrían las rápidas sequías ó menguas del Fraser, una masa de carne abandonada se pudría en los mares. Se hicieron pescas inmensas por medio de barriles, de redes y aun de rastriillos. Además las pesquerías se completan con fábricas de conservas. Cada desembocadura de río, cada bahía del litoral tiene su salmonería.

Claro es que la producción comunista, más previsora que el desorden actual, no será tan cruel con los hermosos pescados, que no siempre irían á adornar las mesas de los mismos individuos, é impediría envenenar la pesca con las fábricas de serrar madera establecidas á la orilla de los ríos.

Lo mismo sucedería con los espléndidos bosques laurentinos donde dominan las coníferas, el álamo blanco y el arce azucarado, ese maná maravi-

lloso. Los leñadores van despojando el bosque sin discernimiento, los agricultores le destruyen por el fuego, llegando la destrucción á abarcar extensos territorios. Los hombres conscientes no perpetrarán jamás semejante vandalismo.

Han de hacerse interesantes estudios sobre los grandes territorios de la Colombia, donde crece entre otros el famoso pino amarillo, á veces de más de cien metros de altura y sin rival en el mundo por la pureza de su grano, la fuerza, la elasticidad y la resistencia á los cambios de temperatura; sobre los depósitos de aceite mineral que, según parece exceden en potencia á todos los terrenos petrolíferos del Nuevo Mundo; sobre los ranchos del Alberto y del Sarkatchewan, magníficas praderas donde se engrasan muchos ganados para el consumo de Europa; sobre la extrema variedad, la profusión, las dimensiones prodigiosas de las verduras, las legumbres y de las frutas que allí maduran. «*Es el huerto del mundo*», dicen los folletos enviados á los emigrantes.

¡El Huerto del Mundo!... ¿Cómo es, señores gobernantes, que hay pobres y ricos? Si como afirmáis, el Huerto del Mundo, puesto integralmente en valor, podría alimentar toda Europa con exceso, ¿qué calificación merecen los que conscientemente conservan el dogal capitalista al cuello de los productores y sostienen que el régimen actual es inmutable?

Hay pan para todo el mundo; hay bienestar y comodidad para la humanidad entera. Posesiónense bien todos los productores de este axioma.

En cuanto quieran, todas las restricciones, trabas y reglamentaciones prohibitivas que paralizan nuestras posibilidades de cambio se derrumbarán como un vulgar castillo de cartas.

No tendremos buenos servidores hasta el día en que decidamos servirnos nosotros mismos.

ARÍSTIDES PRATELLA